

Convivir con otra raza

Zeferino Zeca

Capellán de inmigrantes.

«¡Si no podemos vivir juntos como hermanos, entonces moriremos juntos como tontos!» Con este pensamiento, Martin Luther King, nos trae a la memoria los episodios de un pasado inhumano y sangriento, analiza la vivencia de un presente, real, caótico, y proyecta un futuro real-utópico. Es el parámetro temporal-histórico que sin duda, además de definir, orientó e infelizmente sigue orientando, el contacto entre los que hemos nacido allá en el continente negro y los que nos han recibido en estas tierras europeas.

Ya en el primer encuentro la «victoria de unos» y el «fracaso de otros» hizo que la historia fuese escrita por Europa, según sus categorías, dejando arrinconado, en la cuneta, el alma de todo un continente, a merced del abandono absoluto y en el humillante y repugnante tráfico de negros. Sin razón, pero ante la impotencia de éstos, el retraso tecnológico e industrial, la vida profundamente tradicional rozando en algunos casos el primitivismo, se llegó a cuestionar el ser racional y/o espiritual del hombre negro. Pasaron siglos y esa concepción echó raíces y fue abriendo poco a poco distancias de inalcanzables dimensiones entre los unos y los otros. Con ello se va creando el mito de una raza-céntrica y otra periférica que debe vivir al margen del pensamiento cultural tecnologizado, del desarrollo industrial y fundamentalmente de la evolución histórica.

Europa es hoy centro de referencia de libertad y seguridad individual y colectiva, cuyos habitantes se hallan seriamente inmersos en la defensa de los derechos fundamentales de la persona. Esto, de hecho, le constituye en lugar de fuerte atracción. Además de las enormes oportunidades de educación, salud, trabajo y calidad de vida humana que ello conlleva. Africa es sinónimo de enormes dificultades organizativas: sucesión de golpes de estado, guerras étnicas, hambruna, miseria. Es el continente de los incapaces, de los malvados y los necios ignorantes. El continente de la muerte.

Todo esto sigue respaldando el pensamiento erróneo sobre las grandes diferencias entre la raza-céntrica y la raza-periférica. Más aún cuando esta raza-periférica no parece que haya contribuido con ningún descubrimiento científico o técnico mundialmente sobresaliente.

Esto ha creado tantas barreras psico-afectivas, que el inmigrante africano al encontrarse dentro de la sociedad europea, se sitúa con un complejo de inferioridad, y el otro, el europeo, con un complejo de superioridad. En el encuentro el africano aparece como el hombre incapaz de adaptarse a nuevos esquemas de vida y conducta, de tal modo que su integración constituye toda «una aventura».

Estamos convencidos de que la integración de un ser humano pasa por tener un trabajo digno, partici-

pando del sistema educativo, sanitario; en definitiva, pasa por integrarse en el sistema político, económico y social de España.

Mirando todos los prejuicios antes mencionados, que encontramos incluso dentro de las instituciones, nos cuestionaríamos: ¿Realmente la sociedad ejerce una política transparente de cara a la integración del inmigrante negro africano?. Varios factores indican justamente lo contrario: Los africanos están indocumentados durante muchos años, lo cual les excluye de las estadísticas oficiales y de la administración; hay un sinnúmero de parados, lo que les constituye en objeto de limosna y caridad.

La integración del inmigrante negro africano hay que concebirla de la siguiente manera:

1. Formación en los nuevos valores de la cultura acogedora;
2. Documentación y trabajo digno, y plena participación en la vida pública y social del país de acogida.

Para los descendientes de éstos, es decir, para la segunda generación, habría que pedir una educación conjunta desde el nivel primario de la escuela hasta los más altos estudios universitarios, de tal manera que los hijos de los españoles se acostumbren a convivir con la otra raza y, de mayores, ésta no les sea extraña y por lo tanto alejada de los intereses de la sociedad española.